



### Ruta de las Ventas-Majadillas

Total Recorrido	Tiempo	Altitud partida	Altitud mínima	Altitud máxima
29.112 m. (*)	3 h. 30 min.	632 m.	632 m.	1.200 m.

(\*) En coche haremos 15.400 metros y a pie los 13.712 restantes.



En el otoño, e incluso en el invierno, algunos días se despiertan alegres y dicharacheros y te regalan un día de primavera. Es lo que nos ha sucedido en esta mañana de principios de noviembre.

A las ocho de la mañana numerosos gorriones juegan alborotados por toda la plaza ignorando el rosario de mujeres y jornaleros que acuden a las panaderías a surtirse del pan de cada día. El cielo, celeste y amplio, se asoma al lugar para ver cómo

la mañana despierta la vida y contemplar gozoso el bullicio infantil camino del colegio hacia las nueve.

Hoy hemos decidido trasladarnos en coche hasta la Casa de la Mina que, por otro lado, es lo habitual si lo que pretendemos es hacer una ruta intermedia de entre siete y quince kilómetros.



Tranquilamente recorreremos los siete kilómetros y pico que nos separan de ella aprovechando la luz de la mañana que da al paisaje una tonalidad muy peculiar. Desde el puerto del Collado divisamos una manga de niebla que partiendo del mar flotaba

sobre el río Patamalara y el Barranco Moreno hasta tocar las faldas de Cerro Lucero y a modo de alfombra, blanca y voladora, le ofrecía juguetona un paseo hasta la playa.



Pero pronto el sol, dorado y recio, menos severo que en agosto pero amenazante, ordenó al reguero blanco que dejara despejado el paisaje; tímidamente se fue retirando mientras nosotros intentamos convencerle de que no molestaba, pero fue inútil.

Nada más llegar a nuestro destino los últimos grumos de niebla se estaban disipando a la altura de Cerro Verde; solo flotaba una transparencia

blanquecina que se esfumaría con el empuje insistente del sol.



Aparcado el coche en la explanada posterior al albergue y tras preparar las mochilas, durante unos metros desandamos el carril en dirección a Cómpeta hasta la primera loma; desde ella una vereda asciende empinada hasta el Collado de Huerta Grande por entre jaras y romeros salpicados de aulagas y algunos pinos sobrevivientes al último incendio.

Parece como si el paisaje a nuestras espaldas se hundiera irremediabilmente mientras los montes se abajan colocándose casi a nuestro nivel. En poco más de quince minutos pasamos de estar inmersos en el valle a pasear por una cornisa a más de mil metros de altura.



Desde el collado la vista es hermosa y amplia y fresca y, en esta mañana, silenciosa.



Tras unos minutos de descanso nos cruzamos con una pareja que recorre en sentido inverso al descrito en esta guía, la ruta de La Gaviarra que durante unos metros coincide con la nuestra de hoy.

Nosotros tomamos dirección noroeste a través del carril por el que discurre la ruta que llamamos Gavilán, nombre que recibe por el del monte que rodeamos y que alberga el puesto de vigilancia contra incendios. Durante este tramo la ruta nos muestra la Sierra Tejeda mientras nos oculta el valle. Tras escasos quinientos metros de subida una bajada nos conduce al Collado de Moyano desde donde parte el carril que asciende al puesto de vigilancia (lugar al que podemos subir si contamos con tiempo para disfrutar de las inmejorables vistas que nos ofrece).

Tras un nuevo y breve ascenso con su consiguiente bajada, a nuestra derecha, el carril se convierte en el antiguo Camino de Granada que tomaremos enseguida, y a la izquierda el carril baja raudo buscando la Sierra Tejeda que esta mañana se nos ofrece amable.

Nada más iniciar el camino, de nuevo las vistas que habíamos perdido del valle regresan a nosotros, nos recibe ruinoso y permanente la Venta de María, una pequeña construcción que, como las otras por las que pasaremos, durante siglos sirvieron de “áreas de recreo” a los que, por motivos de trabajo y supervivencia, se veían obligados a transitar por la sierra camino de Granada o de Málaga.





Las ventas ofrecían al viajero descanso, protección de las inclemencias del tiempo, un plato de comida caliente, una copa, corrales y comida para la cabalgadura y, dado el caso, una cama donde pasar la noche.

En adelante y durante varios kilómetros la senda llanea por entre matorral y pinos, siempre flanqueada a la derecha, ciento y pico metros más abajo en una posición intermedia entre el Barranco

Moreno y la nuestra, por el carril central; y protegida a la izquierda por el Cerro Atalaya.

Cada época del año te recibe con un vestido distinto: el fondo siempre verde, hoy salpicado de amarillo por las aulagas en flor; otros días con lunares blancos, o rosa fuerte, de las jaras o lilas de los lirios; otros el rojo parece ocultar el verde y tantos otros se coloca el vestido multicolor de los días de fiesta.

Pequeñas bajadas y subidas mezcladas con zonas llanas nos llevan a la loma que da vistas a los dos arroyos que conforman el Barranco Juan Rojo entre los cuáles se ubican la Venta de los Pradillos, que divisamos rodeada de verde y salpicada del oro viejo y amarillo de los álamos y eucaliptos, y la Venta de Cándido que se adivina junto al segundo arroyo.



Tras la loma la senda baja buscando el primer arroyo. Al principio un gran pino caído por el fuego nos saluda al borde del camino. Al frente se distinguen aún los bancales de la venta y dejan entrever una vida próspera en el lugar hasta hace pocos años.

Una captación de agua desde este lugar junto a otra en el Barranco de las Majadillas abastecen a Cómpeeta de agua potable durante todo el año.



Cruzamos el primer arroyo, ahora rodeados de verde y pinos por todas partes. En un momento el cielo se ha puesto el mismo vestido que la sierra; y los pinos, extendiendo sus ramas, han cubierto amigables la senda que asciende poco a poco hasta llevarnos a la venta. Poco antes dos vasos de calera al borde del camino nos explican el por qué del blanco luminoso de las casas de Cómpeeta.

La Venta de los Pradillos es grande. Y guapa. Plantada en la sierra mirando al sur, al mar que se asoma por cada valle. Ruinosa también, como las otras. Grandes corrales la flanquean por el oeste. La senda transcurre por sus





espaldas, al norte. Y al este, redonda y empedrada, con un vestido de hierba por el desuso, una era se abre amplia al viento de las mañanas y los atardeceres.



Tras un descanso el camino nos lleva por un terreno pedregoso e incómodo de andar a la Venta de Cándido separada de la anterior por una pequeña cuesta de apenas quinientos metros. Antes un nuevo vaso de calera nos saluda a nuestro paso.

Mirando al sur desde una loma y con grandes corrales la Venta de Cándido asoma sus ruinas al Arroyo de los Pradillos y observa descarada la Loma del Daire, pastizal de la cabra montés. Una pequeña era, aunque en peor estado que la anterior, se sube en un rellano buscando los vientos amigos.

A las espaldas de la venta el camino, que se ha tornado arenoso y blanco, nos llama; al final de un pequeño llano baja a la derecha una senda buscando el arroyo y la Loma del Daire, camino que recorreremos con la ruta que toma el nombre de la loma. Tras una curva a la izquierda el camino sube pausadamente y paralela a él el arroyo baja tranquilo pero con señas en su piel de ser bravo en días de lluvia.

El camino, a veces excavado en la piedra serpentea hasta cruzar el arroyo casi en su cabecera. Desde aquí una senda apenas marcada sube por el curso del arroyo atajando hasta Puerto Blanquillo unos quinientos metros más arriba. Al otro lado del arroyo, la vereda sigue su ascenso cruzando pequeños valles excavados en la arena de la sierra por el paso de las cabalgaduras siempre orientada al este hasta un punto en que el camino se bifurca.

A la izquierda, en dirección norte el camino de Granada sigue ascendiendo hasta divisar Puerto Blanquillo y unirse un poco más arriba con la ruta que seguimos en el ascenso a Cerro Lucero.

Nuestro camino es el de la derecha que, siguiendo la dirección sureste, serpentea entre pequeños valles y colinas hasta que una pronunciada subida de unos cien metros nos coloca en el Collado de las Flores, en la cabecera del Barranco de las Majadillas y de la Loma del Daire.

Desde aquí, en los días serenos, divisamos un paisaje que se abre inmenso y generoso invitándonos a adivinar tras las cercanas cumbres, a la izquierda el valle del Higuera y más al fondo aún el del río Chillar, y al frente el mar, siempre el mar que sereno contempla la majestuosidad de los cerros. Y su dolor.



Este inmenso barranco de las Majadillas muestra el dolor teñido de negro de los sucesivos incendios que lo han azotado hasta dejarlo casi sin pinos.



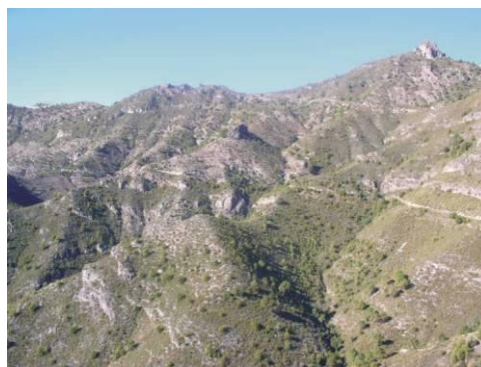
Por sus encrespadas paredes de la izquierda merodean las cabras buscando comida y cobijo... y también a la derecha, donde el terreno se vuelve más generoso y ofrece al caminante su piel vestida de verde que suavemente se desliza por casi toda la bajada hasta el carril central.

Al principio la senda se torna brusca y serpenteante, hasta llegar al cruce con una senda que apenas se distingue y que conduce, a nuestra izquierda, al Collado de los Hornillos. Dejamos atrás el cruce y la bajada que se torna más suave y verde, a tramos amable, invitando a la pausa y a observar los collados y cerros que nos rodean.

La vereda, que de nuevo nos devuelve al interior de la sierra abajándonos a nosotros y ascendiendo al paisaje, cruza a izquierda y derecha un arroyo secundario hasta la unión con una nueva vereda, ésta aún menos perceptible, y que conduce a una pequeña construcción que cobija uno de los nacimientos de agua que surten a Cómputa; vereda que tiene su inicio en el Barranco Juan Rojo, a la altura del carril central tras la Loma del Daire.

Mientras bajamos, multitud de pinos quemados, derruidos por la fuerza arrolladora del fuego, esparcen sus restos por todo el barranco; pinos que parecen pedir justicia a gritos, si no para ellos, al menos para sus descendientes que a duras penas intentan abrirse camino por entre las rocas y matorrales.

De pronto el sonido amable del agua que juguetea con las piedras del barranco parece como si transformase el agreste paisaje dándole pinceladas de vida fresca; pero al poco el mismo sonido, al desaparecer, inunda de un silencio misterioso el profundo barranco por el que ahora pasa la vereda. Casi al final, a pocos metros del carril central, la tierra muestra la agresividad con que las aguas bajan en los días de fuerte tormenta, arrastrando a su paso y abriendo enormes heridas en la tierra desprotegida de la vegetación. Tras cruzar el barranco principal, oculto por unos arbustos se adivina ya el carril al que nos lleva la vereda, ahora llana y sencilla, rodeada de zarjas y adelfas.



Siguiendo el carril en dirección oeste, llaneando casi, nos conduce a nuestro punto de partida. Al poco nos recibe el Cortijo del Daire, del que ya hablamos en la descripción del Carril Central para tras un kilómetro y medio, más bien largo, asomarnos a la curva de la Loma del Daire y adivinar el Barranco Juan Rojo.

Desde esta loma nos separan cuatro kilómetros hasta la Casa de la Mina donde dejamos el coche.

# Guía Turística de Cómputa

## Rutas por la Sierra

Majadillas



---

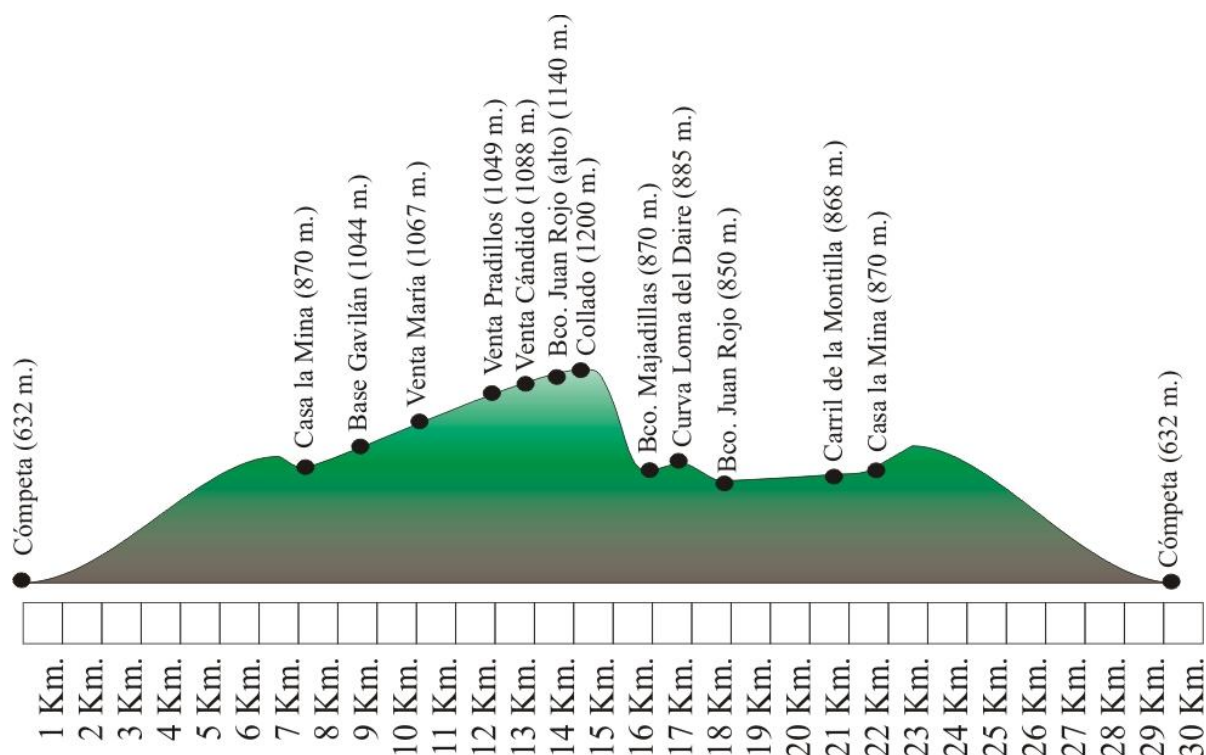
Un paseo que hacemos pausados y contemplando el paisaje y la vegetación, que hoy resplandece orgullosa de sí misma. Setenta y cinco minutos de carril acaban con el paseo de hoy.

El resto consiste en tomar el coche y despedirse hasta un nuevo paseo.

# Guía Turística de Cómpeeta

## Rutas por la Sierra

Majadillas



Situación	Altitud	Distancia entre puntos	Distancia total
Cómpeeta	632		
Casa la Mina	870	7700	7700
Base Gavilán	1044	1078	8778
Venta María	1067	1036	9814
Venta Pradillos	1049	2275	12089
Venta Cándido	1088	407	12496
Bco. Juan Rojo (alto)	1140	770	13266
Cruce cno. Blanquillo	1184	345	13611
Collado	1200	197	13808
Bco. Majadillas	870	788	15466
Curva Loma del Daire	885	1677	17143
Bco. Juan Rojo	850	854	17997
Carril de la Montilla	868	2893	20890
Casa la Mina	870	522	21412
Cómpeeta	632	7700	29112